

PELICULAS

Novela Semanal

*Donde está
la mujer?*

25
CTS

por
Ossi Oswalda



© BASCH, Félix

PELÍCULAS

NOVELA SEMANAL

NÚM. 6 :: 25 CTS.

* *Das Mädchen auf der Schaukel, 1926*

Adaptación literaria de la película frívola, de ambiente moderno, basada en una obra inglesa, titulada

¿Dónde está la mujer?

creación de la monísima estrella OSSIE OSWALDA
y el gran actor HENRY LIEDTKE

Harry LIEDTKE

EXCLUSIVAS MARAVILLA FILMS

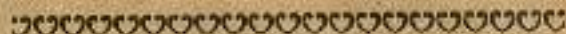
Consejo de Ciento, 325, pral. 2.^a - BARCELONA

PUBLICACIONES MUNDIAL

APARTADO CORREOS 943: BARCELONA

* *Screen 'Series' Germany: 219.274*

© luego actor en S.E.U., donde murió en 1944
(Ver: Dictionnaire du Cinéma et de la Télévision)



PRIMERA PARTE

Con su fachada blanca y su lago tapizado de nenúfares, el castillo de Nilsen era uno de los de aspecto más alegre de toda Suiza.

Los transeúntes que cruzaban por delante de su extenso parque tenían ocasión de comprobar con un poca extrañeza algunos carteles colocados sobre las rejas de las diversas puertas que daban acceso al magnífico edificio.

«Prohibida la entrada en esta finca a toda persona del género femenino», rezaban unos. Y más allá, como previniendo a las osadas que por curiosidad (ese maldito vicio tan desarrollado en la mujer) se atrevieran a desobedecer la orden, había algún otro: «¡Cuidado! Los perros de este castillo están enseñados a morder a toda mujer que se decida a quebrantar la consigna de prohibición.»

El misógino propietario de aquel castillo suntuoso era un hombre como de unos treinta años de edad, alto y bien formado, de aspecto alegre, pese a las desgracias que le habían impulsado a adoptar tan radical determinación en contra de la mitad más adorable del género humano.

Abandonado por su esposa, de la cual se hallaba perdidamente enamorado, Guillermo

Nilsen, tal era el nombre del joven de referencia, se había jurado a sí mismo no dejar penetrar una hembra en su castillo en los días de su vida.

A tal efecto, había despedido a todas las muchachas que estaban a su servicio; a los casados les había obligado a partir de sus herencias y en toda la inmensa extensión de sus dominios no se veía una sola falda ni por casualidad, como no fueran las faldas de las montañas.

Enrique, el mayordomo del castillo, hombre ya un tanto maduro, cuyas aventuras amorosas habían dado pábulo a bastantes habladurías en los años de su juventud, era un convencido adorador del sexo contrario y dábuse a todos los diablitos cada vez que pensaba en la vilicula manía de su amo y señor. Pero de todos los males, éste era el menor. Lo peor del caso para el simpático mayordomo eran las responsabilidades de su nueva situación.

«Falta de mujeres, él debía ser quien guiara a los hombres en los enfadosos quehaceres del barrido, fregado, lavado de la ropa y todas esas monacanas labores de la mujer, tan sencillas en apariencia y tan terribles en la realidad, máxime si a las pocas ganas de hacerle se junta una desesperante ineptitud, eterno de la falta de práctica y de la carencia de ese espíritu de pulcritud, propiedad exclusiva de la mujer.»

Al reflexionar sobre aquellas cosas, Enrique se ponía fuera de sí.

—Hoy mismo—decía para su capote, al final de uno de estos disgustos domésticos—le digo a Guillermo que se busque otro mayordomo.

¡El hijo de mi madre no sirve para estos papelerías!

Pero el caso es que Guillermo era tan bueno y al mismo tiempo tan desgraciado... ¿Qué sería de su amo si él le abandonaba en aquellos momentos para él tan aflictivos?... ¡Pobre mayordomo!, solamente él sabía el gran combate que cada día se libraba en el interior de su alma entre su dignidad de hombre y su cariño de siervo fiel y abnegado...

A lo santo, cuando en uno de estos procesos de furor se dirigía a Guillermo, dispuesto a presentar una dimisión irrevocable, era para decirle:

—Guillermo, esto no puede continuar así. Es necesario que vengan mujeres, aunque sean tanas como demonios y más viejas que un olivo viejo. Hay cosas que los hombres no podemos hacer por mucha voluntad que pongamos. ¡Por todos los santos, Guillermito! —le decía, dándole el nombre familiar de cuando le acompañaba en sus juegos de colegio.

Y todo era para recibir siempre la misma contestación de su dueño y amigo:

—¡Lo mando yo y basta! Si no vamos limpios, iremos sucios; si no se puede remendar la ropa, la cambiaremos nueva...

En la misma situación de ánimo que Baric que se encontraban los demás criados del castillo. Hacían sus trabajos o regañantes y el menor disgusto era motivo suficiente para que los más viejos servidores se fueran con la música a otra parte. Y es que los servidores de Guillermo no tenían ninguna manera de monjes.

Mientras en esta mansión se desarrollaban

las cómicas escenas ya referidas, que para Enrique tenían los caracteres de una tragedia en toda regla, ocurría no lejos de allí un hecho que, al parecer, no tenía importancia y que, en realidad, la tenía muy grande.

Anita Ni'sen, prima de Guillermo, una chiquilla educada a la moderna y bonita como un sueño, huérfana de padre y madre, acababa de regresar del colegio, en donde quedaba un buen recuerdo de sus infinitas travesuras.

Delante del castillo de su tía Alejandra, la pariente más cercana de Anita, que a la sazón le hacía las veces de madre, figuraba un arco triunfal con un gran cartel en el centro, donde se leía una salutación de bienvenida.

Anita, llena de alegría, tanto por ver a su amada tía como por la idea de que ya no tendría que volver más a encerrarse entre las odiosas paredes de su pensionado, saltó del coche cual un pajarillo, abrazando a todo el mundo. Excusado es decir que la tía Alejandra y todos los circunstantes compartieron las demostraciones de afecto de la muchacha y le devolvieron con creces sus abrazos.

Antes de pasar adelante, no estará demás decir que Anita adoraba a su primo con toda su alma. Cuando llegaron a ella las noticias de su divorcio, Anita se alegró de manera extraordinaria. Aquella nueva situación de Guillermo le permitía el poder alimentar alguna esperanza. En su corazoncito de muñeca ultra-moderna volvió a brillar la luz de la ilusión.

Aquella tarde, después de las infinitas confidencias cambiadas entre tía y sobrina, recayó la conversación en Guillermo.

—¡Hija mía — respondió la tía Alejandra —,

a tu primo hace ya un sin fin de tiempo que no le veo. Desde que le ocurrió la desgracia que ya sabes, se ha encerrado en su castillo, como las tortugas en su concha y no sale para nada. Parece ser que está muy apenado y no permite en modo alguno que penetre ninguna mujer en su casa.

¿Quieres decir que si fuéramos a visitarle no nos dejaría entrar?

—Con nosotras no creo rece tal prohibición; después de todo, somos de su familia; pero, por si acaso, hasta que no me llame o venga a verme, no voy. No quisiera pasar el mal rato de ver cómo me cerraban la puerta.

—Pues yo quiero ir a verle ahora mismo, tía.

—No, hija mía, no; le escribiremos, y si quiere, que venga él a vernos a nosotras. Creo que es lo más acertado.

Esa realidad, era lo más acertado; pero la cordura y el amor no suelen andar nunca muy de acuerdo. Así, aquella misma tarde, la tía Alejandra, quieras que no, se vió obligada a emprender el camino del castillo vecino.

No habrían andado dos kilómetros, o sea la mitad del camino, cuando se encontraron con Guillermo, que aquel día, por rara coincidencia, había decidido dar un paseo a caballo. Y lo mismo fué ver a sus parientas que picar espuelas y huir como alma que lleva el diablo.

—Ya lo ves, hija mía—dijo la tía Alejandra—. Huye de nosotras como del demonio. Después de esto no creo necesario decirte que debemos volvernos a nuestra casa.

El ejemplo era demasiado convincente para

que Anita no se diera por vencida y, mal de su grado, volvió sobre sus pasos.

Pocos días después la tía Alejandra mostró a su sobrina un anuncio inserto en un periódico.

—Fíjate el anuncio que trae el diario.

Anita tomó el periódico y leyó:

«Se desea un muchacho de buena presencia para groom. Presentarse o escribir al castillo de Nilsen.»

La joven quedó un momento pensativa. Al final se levantó como movida por un resorte.

—¡Oh, qué idea, tía! He encontrado el medio para conquistar a Guillermo. Voy a solicitar la plaza de groom y, o poco me da poder, o he de lograr hacerle variar de opinión con respecto a la mujer.

La buena señora se quedó como quien ve visiones. Sabía que su sobrina era capaz de las mayores locuras, pero nunca hubiese imaginado que fuese capaz de tamaño desatino.

—¡Pero tú estás loca, criatura!—dijo, por fin, cuando pudo volver en sí de su asombro.

—¡Loca! ¿Ya verá usted si lo estoy o no! ¡Antes de un mes me dará usted la razón y las gracias!

—¡No, no, tú no sales de aquí ni aun con la guardia civil, digo! ¡Así como así voy a tolerar tu tamaño desatino! ¿Qué dirían tus padres si desde allá arriba presenciaran semejante disparate? ¡Dios me libre!...

—Déjeme que pruebe, tía. Me vestiré con pantalones y no me conocerá nadie. Ya verá cómo ni usted misma es capaz de conocerme una vez vestida. Ahora mismo voy a que me

tomen la medida de un traje y esta noche comenzaré a ensayar mi papel.

Y tal dicho, tal hecho. Sin que su pobreza pudiera poner freno a aquella imaginación desbordada, la muchacha salió del castillo, presentándose aquella misma tarde con un llamante uniforme comprado en uno de los almacenes de la vieja ciudad, uniforme que, a pesar de ser de confección, con unos ligerísimos retoques, le sentaba a maravilla.

—Con este traje soy capaz de despistar a mi primo y a docientos más listos que él— dijo la traviesa Anita fumando un cigarrillo con la maestría de un redomado pilluelo.

La tía Alejandra dábale a los dientes. No pudo dormir en toda la noche y al día siguiente derramó un torrente de lágrimas viendo la imposibilidad de disuadir a su endiablada sobrina.

—Hija mía, ¿por Dios! piensa que no tengo a nadie más que a ti en el mundo y que un disgusto tuyo me costaría la vida— clamaba la buena mujer al verla partir alegre y confiada, guiando ella misma el coche.

Anita penetró en el castillo, donde se hizo anunciar con el nombre de Manolo. Parecía realmente un muchacho, vivo e inteligente, y su presencia no disgustó al misógino Guillermo. Antes al contrario, le fué en extremo simpático.

Al día siguiente de su llegada, Guillermo, encantado por la gracia y la simpatía del bostonés, se permitió con él ciertas familiaridades.

—Oye, Manolo: ¿tú tienes novia?

Anita no esperaba una pregunta de esa índole. Hubiérase dicho novio, y a buen se-

guro hubiese contestado más que de prisa; pero, la verdad, pese a su desparpajo, la preguntita le sonó como un tiro.

—Yo, la verdad—dijo por fin, poniéndose colorada hasta las orejas— si quiere que le sea franco... no he pensado nunca en ello. No me chocan las mujeres...

¡Me alegro, hombre! Porque has de saber que yo las odio con toda mi alma. Desde



que veo que eres de mi misma opinión me resultas doble simpático. ¿Eres el único de mis servidores que no suspira pensando en unas faldas!...

El mozo Manolo traba en aquellos momentos uno de los pies de su señor apoyado en su pecho y tiraba de él con todas sus fuerzas a fin de despojarle de las botas de montar, que parecían negarse a salir de sus pies. Algo extraño debió notar Guillermo en el pecho de su

criado. Aquel contacto de carne blanda pareció alarmarle más de lo regular.

—Oye: ¿qué llevas ahí en el pecho, debajo de la chaquetilla?

Manolo quedó un poco desconcertado por la pregunta, pero supo dominarse antes de que Guillermo notara su turbación, y replicó casi en el acto:

—Son los músculos pectorales... fíjate que... verá usted, yo he hecho mucha gimnasia, ¿sabe? y soy un gran deportista.

—¿Y cuál es tu deporte favorito?

—El alpinismo—contestó Manolo sin inmutarse—. No hay nada que me subyugue tanto como subir a un pico de los Alpes, cuanto más alto mejor.

Mentía con un cinismo que daba vértigo. Ella misma estaba asombrada de su tranquilidad.

—Puesto que tanto te gustan las excursiones, mañana vendrás conmigo a dar un paseo. Ahora límpiame los zapatos y déjame tranquilo, que quiero escribir.

¿Por qué no le habrá dicho que mi deporte favorito es el fútbol?—decía Anita para su coqueteo—. De seguro que mañana me da una caminata de cincuenta kilómetros.

Y dominada por esta preocupación, casi no pudo dormir aquella noche.

Al día siguiente le ocurrió un incidente de los más graciosos que podía imaginarse. Andando, andando, llegaron cerca de un lago, cuyas aguas tranquilas invitaban a zambullirse.

—Desnúdate, Manolo, que nos vamos a dar

un baño—dijo Guillermo, comenzando él a desnudarse.

—El caso es que no me he traído ropa a propósito...

—¿Y qué falta nos hace si estamos hombres solos?

Lo mismo fué despojarse Guillermo de su camiseta que echar Manolo a correr con toda la velocidad que le permitían sus un tanto cansadas piernas.

—¡Pobre muchacho!—dijo el joven, viéndole alejarse—. ¡Le tiene más miedo al agua que un perro hidrófobo!

Y mientras el joven cunde se zambullía en el agua, ricado de buena gana, Anita corría y corría, creyendo que su primo sería capaz de seguirla y obligarle a meterse en el agua a viva fuerza.

SEGUNDA PARTE

Cierta mañana le llegó una carta a Guillermo, que, requerido por ciertos asuntos de negocio, se vió obligado a marchar a Viena.

Aprovechando el viaje de Guillermo, su viejo amigo Pablo Horton se empeñó en sacarlo de su ostracismo, para lo cual contaba con el concurso de las simpáticas muchachas vienesas, y casi a viva fuerza le obligó a recorrer los alegres cabarets de la famosa «Perla del Danubio».

—¿A qué no hay en toda Suiza muchachas tan alegres y divertidas como éstas?—le decía

cuarto noche en el *music-hall* más divertido de la ciudad.

Las muchachas en cascabel, seleccionadas por el dueño de Pablo, se esforzaban cuanto podían por distraer a ténico Guillermo; pero éste, poseído por el odio al sexo contrario, no prestaba a las palabras de ellas la menor atención.

Corría por todas partes el champán y gritaban las parejas de bailarines, poseídos por feroz alegría, dando vueltas como endemoniados. Todo era cánticos, besos, algarabía... Sólo Guillermo estaba triste en medio de aquel desbordamiento de buen humor y ni por galantería se dignaba contestar a los halagos de sus lindas compañeras, quienes, incapaces de animar a semejante hombre de piedra, se alejaron de su lado, visiblemente descontentas.

—Dígale usted a su amigo que si padece del hígado se quede en su casa—dijo una de ellas dirigiéndose a Pablo.

—¿Hombre, te has portado como no podía imaginarme en un hombre de tu condición!—protestó Pablo al salir del cabaret—. Las muchachas me han dicho que eres un grosero y, francamente, si me has de dejar así no te llevaré a ninguna parte.

—Perdóname, Pablo, pero ya sabes mis ideas; además, mis heridas son demasiado recientes para que pueda yo olvidar el daño que me hacen.

Entretanto, allá lejos, en el castillo de Nissen, un abotonado soñaba y no tenía un momento de sosiego pensando en los desastres que en aquellos momentos estaría cometiendo su señor.

Pablo Horton, firme en su propósito de hacer marchar a Guillermo por los más bellos senderos de la vida, lo llevó al día siguiente al gran parque de Viena, punto de reunión de la gente alegre.

En uno de los aparatos voladores, surcando los aires con blanca paloma, estaba la hermosa Alicia, una de las mujeres más bellas y mejor formadas de Viena. Sus divinas puntorritas eran la admiración de todos los circunstantes, que, embobados, no apartaban los ojos de la encantadora artista.

No sabemos si fue por propio impulso, o porque se contagiara de la admiración general, ello es que Guillermo se sintió hondamente impresionado por tan hermosas piernas y al partir de aquel instante cesó de expresar sus deseos de huir del bullicio.

—¿No me dejas hace un momento que no se podía estar aquí?—le replicó Pablo con sarcasmo, convencido de que la vista de las extremidades de Alicia había convencido a su amigo más de lo regular.

—En efecto, Pablo, en efecto; no me encuentro muy a gusto en este lugar... Si quieres, nos vamos.

Pero Guillermo, a pesar de sus protestas de malestar, no se movió. Dijérase que había echado raíces en el suelo y que se le había perdido algo en el espacio.

Por fin bajó Alicia de los columpios y Pablo se la presentó.

Aquella noche Guillermo durmió muy mal. A cada momento creía ver flotar ante su cabeza las preciosas puntorritas que tanto le habían ilusionado. Para colmo de desdichas, co-

el cuarto de su hotel había varias figuras en relieve adornando las paredes, y cuando encendía la luz para huir de aquella visión, que parecía perseguirle en sueños, las pantorrillas de las figuras (de tamaño natural) parecían hacerle recordar aun con más fuerza las otras; de manera que, ni dormido ni despierto, podía apartarlas de su mente.

Desesperado, viendo que flaqueaba su voluntad, tomó un tratado de filosofía de Schopenhauer, donde estaba la célebre frase de «la mujer es un animal de ideas cortas y cabellos largos».

—¡Este, éste sí que conocía bien a las mujeres! —exclamó después de un buen rato de lectura.

Y, confortado por los conceptos del sabio filósofo, sumióse en el más profundo de los sueños.

TERCERA PARTE

Guillermo se mantuvo firme en sus tereos: no debía ver más a ninguna mujer. Aquel desfallecimiento pasajero había que vencerlo a fuerza de voluntad y nada mejor para evitar el pecado que evitar la ocasión. Dos días estuvo pensando lo mismo, sin dejar de pensar, por lo tanto, en la deliciosa Alicia, y al tercero... al tercero volvió al cabaret donde sabía debía encontrarla.

Manolo o, por mejor decir, Anita, que, aprovechando la ausencia de su primo había ido a pasar unos días en compañía de su tía Ale-

jandra, regresó aquella misma tarde al castillo y, por un raro fenómeno de telepatía, a la misma hora en que Guillermo penetraba en el *music-hall*, la linda joven, encerrada en su cuarto, platicaba con una caricatura de su adorado hecha por ella misma.

—¡Si yo supiera que allí en Viena estabas enamorando alguna mujer, te saltaba los ojos lo mismo que te los salto ahora!

Y, al decir esto, borrábale los dos puntos negros con el lápiz.

—¡Qué lástima! —proseguía la encantadora criatura— que me quieras como Manolo! ¿No sabes tú lo que yo daría porque me quisieras como Anita! Pero, en fin, tengamos paciencia... Todo llega tarde o temprano. ¡Ojalá sea lo más temprano posible!

No le fué difícil a Guillermo deslumbrar a la hermosa artista. Pasar una temporada en un castillo de Suiza, rodeada de palomas, gallinas y demás aves de corral, amén de los encantos de la campiña, era para ella algo seductor, que aceptó encantada. Por otra parte, no le disgustaba el conde...

Pablo Horton, un poco distante de la pareja, no sabía lo que ambos conversaban, pero por la alegría que revelaba el semblante de Guillermo comprendió que el enemigo de las mujeres acababa de pactar un armisticio.

Al día siguiente, como en los anteriores, Pablo Horton fué al hotel en busca de su amigo.

—El señor no ha venido en toda la noche, dijo uno de los criados.

—Perdone, joven; el señor conde es persona bastante morigerada para faltar toda una

noche... Me parece que usted debe estar equivocado.

—Pasé al señor y se convencerá por sí mismo—repuso el fámulo, abriendo la puerta de la cámara.

—¡Hola, hola! ¡Esto es más serio de lo que yo me pensaba!

—¿Cree usted que le habrá ocurrido algo al señor conde?



—Ya lo creo que le ha ocurrido, pero no es nada malo, muchacho.

Y luego, como hablando consigo mismo, repuso:

—¡Para que te fies de los juramentos de los hombres! Nada, está visto que, en viendo unas buenas pantorrillas, todos somos lo mismo. —¡Mocachis con don Guillermo!...

Ya se disponta Pablo a marcharse cuando se le acercó un butones.

—Han traído esta carta por si veala el señor.

Pablo Horton rasgó el sobre y leyó:

«Querido Pablo: Un telegrama urgente me obliga a ponerme en camino inmediatamente. Permaneceré en el hotel más próximo a la estación. ¿Serías tan amable que reexpidieras mi equipaje al castillo?

«Muy agradecido, te abraza tu amigo
«Guillermo.»

Acto seguido Pablo tomó un taxi y aun llegó a tiempo para despedir a su amigo, que partía en el expreso de la mañana.

—Te felicito—le dijo al verle salir tan bien acompañado—, porque veo que has cambiado de principios y de postres...

Guillermo abrazó fuertemente a su amigo.

—A ti únicamente debo este cambio de vida y de pensamientos. Créeme, Pablo, meses atrás, si no hubiese sido porque me faltó valor, me habría suicidado. Hoy, gracias a tus buenos consejos, veo la vida de otra manera. Hasta casi me atrevería a decirte que vuelvo a ser feliz, como en mis años de estudiante.

—De estudiante y de conquistador, Guillermo. ¡Lo que puede la ilusión!

El súbito penetrante de la locomotora puso fin al diálogo de los dos amigos.

Aquella tarde, con los primeros arreboles del véspero llegó la feliz pareja al castillo y Anita, o sea Manolo, tuvo una de las sorpresas más grandes de su vida. Créenos innecesario hacer constar que el simpático botones se quedó boquiabierto al ver a su primo en compañía de tan hermosa mujer. Pero su

asombró sabió de punto cuando al descender del coche le presentó Guillermo a la viajera en estos términos:

—Lleva el equipaje de mi prima Anita al salón granate.

—De quién dice usted? replicó sin poderse contener.

—De mi prima Anita Nila! Y no pongas esa cara de idiota porque te estraré las orejas—repuso el conde acompañando la acción a la palabra.

Si alguna vez creyó Manolo soñar despierto fué entonces... Carró sobre sus espaldas las voluminosas cajas de sombreros, maletas y demás efectos y sin cesar de monologar marchó a cumplir las órdenes de su dueño y señor.

—¡Esto es extraordinario! Yo suplantada por mí misma... ¡Ya no me faltaba más que ver! Pero ésta me la paga mi primo; ¡vaya si me la paga! No sé cómo me vengaré, pero, de una manera o de otra, se acordará de mí...

CUARTA PARTE

Manolo no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Todo se le volvían planes y más planes para desbancar a la intrusa.

Lo primero, lo más urgente era echar de allí aquella cualquiera y luego conquistar el amor de Guillermo. ¿Pero qué podía hacer para arrojar aquella desgraciada? Y que tenía que hacerlo no había duda, porque mien-

tras ella estuviese, soñar con el amor de su primo era soñar con un imposible...

Manolo no había echado en saco roto las murmuraciones de los criados. Pensó que lo más acertado sería soliviantar a la servidumbre, y comenzó a hilvanar sendos discursos para el día siguiente.

Lucila se encontraba en el castillo como en su propia casa. No parecía sino que lo hubiese habitado siempre. En cuanto a Manolo, lo trataba con la misma familiaridad que si lo conociera de toda la vida. Por el contrario, Guillermo, no se permitía familiaridad alguna con su botones y aprovechaba los menores pretextos para darle algún que otro tirón de orejas.

Cierto que el tal Manolo, demostraba por la intrusa una bien marcada mala voluntad a la que ella correspondía con mimos y caricias que suscitaban los celos de Guillermo.

—Parece que a la prima del señor le gusta el botones—dijo uno de los criados, viendo como Lucila acariciaba a Manolito.

Y era verdad; Lucila sentía por el chico una simpatía que pasaba de lo corriente.

Al concluir el almuerzo la bailarina se llevó al muchacho a uno de los extremos del jardín.

—Ven, Manolo, que me vas a columpiar—dijo Lucila tendiéndose en una hamaca.

Manolo aprovechó la ocasión y después de haberla columpiado durante unos momentos, dió con la bailarina en tierra. Fué una venganza harto pequeña, para lo mucho que el botones hubiese querido, pero de momento se dió por satisfecho.

Alicia se levantó del suelo dando muestras

de haber recibido un golpe más que regular, pero no pareció mostrarse ofendida; antes al contrario, más enamorada cada vez del botones, emprendió su conquista.

—¿Verdad, Manolo, que tengo una figura muy bonita?—dijo la muy ladina acompañando sus palabras de una mirada como para hacer enfermar a cualquier otro que no estuviese tan a cubierto de seducciones como el falso Manolo.

—Verdad, pero no se crea, que yo también tengo lo mío, y no le envidio a nadie. Píjese usted qué loca.

—¿No te has fijado al caer, en mis piernas? Por ellas han ido de cabeza la mayor parte de los millonarios de Viena. ¡Son muy lindas...! ¡Míralas!

—También yo las tengo bonitas y no las enseño a nadie, señorita—repuso Manolo cada vez más amoscado.

El falso Manolo estaba abochornado; Vaya una pájara de cuenta la que se había traído su primo!

La bailarina, viendo tan pensativo al muchacho, consideró que tenía media partida ganada y volvió a la carga:

—Te han impresionado mis pantorrillas, ¿verdad, muchacho?—le dijo acariciándolo—. ¡Pues si vieras otras cosas...

—También yo tengo otras cosas, señorita, y no como la frescura de irlo pregando, ¿caramba!

—¿También tú las tienes?—dijo ella asombrada.

—También! ¡Digo... no! Yo no tengo nada. No tengo más que mucha lengua—y te-

nérroso de que si seguía un minuto más en compañía de aquella señorita acabaría por perder la poca paciencia que le quedaba, el falso Manolo marchó corriendo a encerrarse en su cuarto, más colorado que una amapola.

Una vez allí le escribió una carta a su tía Alejandra, dándole cuenta de la verdad de cuanto ocurría en el castillo y rogándole hiciera una visita cuanto antes. A continuación fué hacia las salas bajas donde estaban los criados y comenzó a desarrollar su plan:

—Vosotros creéis que ésta es su prima, ¿verdad? Pues no, señor, no es su prima ni lo ha sido nunca. Esta señorita es una pilara que él se ha traído de Viena y seréis unos primos si toleráis seguir como estáis, haciendo trabajos que debiera avergonzarnos el hacerlos. ¿Dónde se ha visto que unos grandullones como vosotros tengan que fregar platos y lavar la colada como mujeres? ¡Sois unos cobardes! ¡Si yo tuviera vuestra edad!

—¿Y tú cómo sabes que no es su prima?—objetó, Enrique.

—¡Porque a su prima la conozco yo! Además, que esa joven es una muchacha lo suficientemente decente para no venir a una casa donde sólo viven hombres solos. En cambio esta otra, no tiene vergüenza, ni sabe de qué color es.

Esto no puede tolerarse por más tiempo—repuso uno de los encargados de la limpieza, que en otro tiempo había de gadán—. Estamos haciendo un papel ridículo y erro que Manolo tiene razón. Ahora mismo debemos ir a pedirle que nos releve de hacer estos papeles denigrantes o que se busque otros.

Reunidos todos los servidores, acordaron nombrar una comisión presidida por el mayordomo, y, momentos después, salían los comisionados en busca del conde.

Pedíale lo que queráis, pero no le hagáis daño—protestó Manolo al verlos salir tan decididos.

Momentos después recibía Guillermo la visita de sus indignados servidores.

—Señor, los criados me obligan a venir para decirle que el trato debe ser para todos igual. Usted ha faltado a la ley trayéndonos una mujer aquí y ellos...

—Comprendo, Enrique, comprendo. Desde mañana puedes traer las mujeres que sean necesarias, pero formalidad ¿eh? Que no tenga yo que despedir a ellas y a ellos.

Con el triunfo de su causa, los criados elevaron a Manolo a la categoría de ídolo.

QUINTA PARTE

La llegada de las mujeres al castillo dio origen a grandes fiestas. Esto calmó un tanto a Lucila, que saturada ya de paz y sosiego se aburría extraordinariamente, soñando a cada momento con sus alegres noches vienesas.

Pasaron los festejos un tanto pueriles y Lucila volvió a encontrarse tan aburrida o más que antes. No sabiendo qué inventar, se le ocurrió organizar una fiesta en la que tomara parte toda la servidumbre, fiesta que ella calificó de «las cosechas» a lo cual el galante Guillermo accedió gustoso.

Manolo, que odiaba a la intrusa con toda su alma, decidió amargarle la fiesta. Fué a su cuarto, se puso las ropas de mujer y deridida a jugarse el todo por el todo, se hizo anunciar con su verdadero nombre por una de las nuevas doncellas.

—Dígale usted al señor que ha venido su prima Anita Nilsen y que desea verle.

Guillermo recibió la noticia de la visita de



su prima como si le hubiera caído una bomba.

—Dígale usted que mi prima está aquí y que ella es una impostora... Pero espere, mejor será otra cosa—dijo el conde, después de recapacitar un momento—. Es posible que si le dice eso arme un escándalo y quiera pasar a verme a toda costa. Dígale que no estoy en casa; que he salido de viaje.

Anita, sin hacer caso de las frases de la criada, se metió por el camino yendo hacia el lugar de la fiesta. Guillermo la vió venir

desde lejos y corrió a refugiarse en sus habitaciones, maldiciendo de la familia y de todas las primas del mundo. Con la desesperación consiguiente, vió cómo su prima pasaba por delante de la danzarina y seguía tras él, hacia el castillo. Guillermo, reclinado en su cuarto, amaba la gota gorda...

Pero Anita, en lugar de ir directamente a las habitaciones de su primo se metió en su cuarto, quitóse con rapidez de prestidigitador el vestido y el sombrero; se bajó las perneras de los pantalones que llevaba recogidos hasta la rodilla y se presentó ante el conde.

—Llegas providencialmente, muchacho. Vete al jardín y dile a mi prima, que no se mueva de allí hasta que yo vaya; que tengo una visita de cumplido y no me conviene que la vea... ¡Corre!

Manolo, en lugar de cumplir la orden, volvió a requerir sus ropas femeniles y se presentó ante su atribulado primo. Todas las lágrimas que había vertido en los días anteriores encerrada en su habitación, por los desvíos de su primo, las dió la verdadera Anita por bien empleadas, viendo lo que entonces padecía Guillermo.

La venganza lo era por partida doble. Alicia, intrigada por la presencia de la prima verdadera, tampoco sabía lo que le pasaba.

Guillermo estuvo con su prima amabilísimo. La despidió echando mano de las frases más dulces de su repertorio galante y luego que hubo partido quedó convencido de que la verdadera Anita era una preciosidad. Una cosa le extrañó: ¡Cómo se le parecía al botones! De no haber visto momentos antes a Manolo

hubiese jurado que el muchacho y su prima eran una misma persona.

Pasó aquel día de emociones. En la mente de Guillermo, quedó grabada con caracteres imborrables la imagen de su prima Anita, a quien veía hasta en sueños. Mientras tanto, Lucila se aburría soberanamente y Manolo, sabedor de la nostalgia que la invadía cada vez que recordaba su antigua vida, no cesaba un momento de recordársela.

—¡Ay, cuánto daría yo por volver a mis noches de Viena! Por ver otra vez a Mauricio; ¡a mi adorado Mauricio Becker, el famoso bailarín; a mis amigas!...

—¿Por qué no les escribe usted para que vengan a pasar una temporada en su compañía? —le sugirió cierto día Manolo.

—Tienes razón, muchacho! ¡Me has dado una idea! ¡Voy a escribirles ahora mismo!

Algunos días después, Mauricio Becker, el suspirado ídolo de la bailarina, llegaba al castillo acompañado de Nana, Fili, Totó, Lulu y demás compañeras de crápula, con lo cual Lucila recibió una de las mayores alegrías de su vida.

—Venimos decididos a pasar dos meses en tu compañía—dijo el bailarín abrazando a su amada.

—¿Qué significa esto señores? —exclamó Guillermo amoscado al ver aquella familiaridad entre Lucila y el recién venido.

—Es que como no nos hemos visto en mucho tiempo ya comprenderá que...

—Te presento a mi mejor amigo y «parentesco», Mauricio Becker, a quien ya cono-

res de nombre por las muchas veces que le he hablado de él.

—En efecto caballero, mi primo, digo Lucila, que aquí pasa por ser mi prima, lo ha nombrado varias veces y crea que tenía un vivo deseo de conocerle—dijo Guillermo por pura cortesía, aun cuando en el fondo de su alma hubiese dado cualquier cosa porque el famoso bailarín se hubiese roto una pierna antes de emprender el viaje.

Mauricio, para hacer una entrada en carácter, requirió la mandolina, ya que además de bailarín era también algo músico y penetró en el castillo tocando un vals vienés, que las demás corearon a pleno pulmón.

Para Manolo, aquello era el principio del fin y más contento que unas pascuas, comenzó a transportar maletas desde el carretón de mano que había conducido a la troupe de la estación al castillo.

—Oye, Manolo: ¿Tú sabes quién ha invitado a esta cuadrilla de hambres?—le preguntó Guillermo de mediano talante.

—Pues quién quiere usted que sea? ¡Su prima! añadió el butones con cierto retintín.

—¡Mi prima!... mi prima! Ya le diré yo a esa cuántas son dos y dos...

—Dos y dos son cuatro, señor conde, pero ellos son muchos más y yo no sé dónde le he de dejar sus equipajes.

—Déjalos en el salón grande.

—¿Pero van a dormir todos en una cama, señor?

—¡Tú haz lo que yo te mando y no te preocupes de más! ¡Que se arreglen como puedan,

y si no les gusta que se vayan con la mandolina a otra parte, que aquí maldito si los echamos en falta!

Manolo no cala en sí de alegría. Aquella misma noche escribió una carta enorme, donde contaba a su tía los incidentes ocurridos desde su última entrevista y las esperanzas que la nueva situación le hacía concebir.

«Querida tía—decía la carta—desde el día en que visité a mi primo, tal cual soy, he podido observar que anda como distraído, signo evidente de que tiene alguna preocupación, y o mucho me engaño, o esa preocupación soy yo. Esto me ha dado ánimos para seguir en mi papel que por cierto no tiene nada de agradable. Desde la entrada de las mujeres en este castillo se ve cada escueta que ¡ya, ya!... Esto es sencillamente una desverguenza y cada día mayor».

«Para acabarla de arreglar hoy han llegado una partida de amigos de la pajarera que ha venido a suplantarle, capitaneadas por un amigo íntimo de la tal y no puedes imaginarte cómo se ha puesto Guillermo. Excuso decirte que desde la aparición de estos cómicos de la legua, que según tengo entendido piensan pasar aquí dos meses, el castillo parece la casa de tócame Roque. Danzas, bailes y jerga inintermitidas; un alboroto de mil diablos que hace poner a mi primo de dos mil demonios y yo unas ganas de reír que no puedo más. Si mi primo Guillermo no los ha puesto a todos en la calle es por cobardía; pero son tales las locuras de esta pandilla, que no durarán aquí ni una semana y la austriaca se marchará con ellos.

«Un abrazo muy fuerte de tu sobrina

Anita».

Era ya bien entrada la noche cuando Anita, concluyó de redactar la carta que llevamos descrita. Naná, Fifi, Totó, Lulú y demás, reclusas en la habitación que les había designado Guillermo, armaban la primera algazarah. El tranquilo castillo de Nilsen, parecía una casa de locos, a la hora de la ducha.



—Pues señor, si esta noche, cansadas de viaje, no nos han dejado dormir, ¿qué será en las sucesivas?—comentaban los criados.

No había transcurrido una semana de la llegada de las amigas de Lucila cuando Guillermo, llamó aparte a Manolo:

—Diles a esa gente que si no salen de aquí ahora mismo, los voy a echar a patadas. Con sus cánticos y sus zambras, acaban de derribarme la lámpara del comedor y un día van a derribar la casa entera...

El supuesto Manolo salió corriendo con el encargo que procuró transmitir corregido y aumentado.

Lucila al oír la orden bajó en busca de Guillermo, bramando de ira.

—¿Es cierto cuanto acaba de decirme el butones, Guillermo? ¿No se trata de una broma de mal gusto?

—¡Es una verdad como una cathedral!

—¿Y no has caído en la cuenta de que eso es hacerme representar a mí un papel ridículo?

—¡Cárgalo en la cuenta de los muchos que me han hecho representar a mí y estaremos en paz!

—¡Piénsalo bien, Guillermo, que no sabes a lo que te expones!

—¡Lo he pensado perfectamente, Lucila, y si no lo hice antes, fué por consideración a tí, pero no estoy dispuesto a aguantar más! ¡Conque tú verás como te las arreglas!

—¡Está bien, Guillermo! ¡Ya sé lo que tengo que hacer!

Momentos después volvió Manolo con una noticia sensacional:

Señor conde, esa gente se va y su prima e co que también, puesto que está haciendo su equipaje.

Pues dale un abrazo de despedida de mi parte... y haz todo lo que puedas para que no se arrepienta. Y hazle saber también, que yo estoy enamorado como un tonto, pero no de ella, sino de mi prima, de mi verdadera prima Anita, que es una preciosidad de criatura!

El supuesto Manolo no lo pudo remediar.

Una fuerza superior a su misma voluntad lo empujó hacia el conde y estampó en sus labios un sonoro beso y se fué corriendo a cumplir el nuevo encargo.

Aquel beso volvió a sumir al conde en un mar de confusiones. Pero no, no era posible. ¡Qué disparate!... su prima convertida en botones. ¡Parecidos que hay y nada más!

Así las cosas, llegó la noche. Anita, cansada de ir con las ropas de hombre que la molestaban enormemente extraño de su hábil los vestidos de mujer y comenzó a pasear por su habitación.

—Como me llame ahora Guillermo me luce, pensaba la muchacha.

El joven conde, desvelado por los acontecimientos de aquel día, salió a dar una vuelta por el jardín.

Al pasar por delante del cuarto de su botones, creyó ver la silueta de una mujer a través de los cristales.

—¡Cómo! ¡Eso bribón de Manolo con una mujer en su cuarto!—dijo Guillermo en voz alta—¡Ahora vas a ver tú la que te espera, granuja!

Y rápido, subió las escaleras que conducían al cuarto del muchacho.

—¡Manolo, haz el favor de abrir!

Una bomba que hubiera caído a sus pies no le hubiese hecho a Anita más efecto que la extemporánea llamada de su primo. Intentó cambiarse los vestidos pero vió que era completamente imposible. Guillermo golpeaba repetidamente la puerta dando muestras de gran impaciencia.

—¡Abre o derribo la puerta de un golpe, galopín!

—¡Espere un momento, señor conde, que estoy en paños menores! ¡Voy, en seguida voy!...

No pudo hacer otra cosa que despojarse del vestido y meterse la guerrera. Cuando intentaba colocarse los pantalones, oyó que cedía la puerta y no encontrando otro medio de salvación, se metió dentro de la cama, disimulando así sus comprometedoras ropas interiores, que en malhora le da la ocurrencia de ponerse.

—¿Dónde has escondido la mujer que estaba aquí contigo?

—¡Señor conde, usted ve visiones!...

—¡Visiones! ¿Y estos vestidos de quién son?—gritó furioso Guillermo, cogiendo unas ropas que en su alocamiento no acertó Anita a esconder.

—Señor conde, yo le juro... protestó ella sintiendo que una angustia inbuita le oprimía la garganta.

—¡No me jures nada, perillán! ¡La tienes escondida dentro de tu cama!... ¡O saca ella o la saco yo!...

Entablóse una pugna entre Guillermo y su botones. Mientras el conde tiraba la ropa de los pies levantando hasta el colchón, Anita hacía desesperados esfuerzos para mantener oculta aquella parte de su cuerpo que tanto le interesaba guardar, no tanto ya por verse descubierta como por la vergüenza que para ella suponía enseñar a su primo sus esculturales extremidades.

Por fin venció la fuerza y fueron saliendo

unos zapatos de tacón alto... detrás, unas enaguas ornadas por encajes primorosos, y luego... luego los brazos de la guerrera que el conde contempló mudo de asombro, a punto de que sus ojos se le salieran de las órbitas, mientras Anita, oculta la cara entre sus manos, lloraba con el mayor desespero.

Renunciámos a describir la alegría del conde. Pasado el primer momento de estupor, sentó a su prima en la cama y procuró apaciguarla, prodigándole sus más tiernas caricias.

— ¿No te creas que me has engañado del todo?... ¡Hacia ya tiempo que lo sospechaba, pero no me cabía en la cabeza que fueras tan traviesa! — y al decir esto la calizó fuertemente entre sus brazos intentando darle un beso.

Anita, vuelta en sí de su espanto, trató de desasirse.

— ¡No vengas con remilgos ahora, primita!... ¡Yo sé que tú me amas tanto o más de lo que yo te amo a ti!... ¿Por qué has hecho la locura de representar esta comedia, sino por cariño hacia mí?

— ¡Por Dios, Guillermo protestó ella encarándola hasta las orejas, tratando en vano de repelerlo — déjame al menos que me ponga los pantalones!...

— Ya procurarás ponértelos cuando estemos casados, Anita. Ahora, déjame que te dé las gracias por la alegría que acabas de proporcionarme.

Y los dos enamorados se unieron en apretado abrazo, teniendo como único testigo el rayo de luna, claro y sutil, que se filtraba a través de las vidrieras.

